



Seix Barral

Fabián Casas

Ocio





Seix Barral

Fabián Casas

Ocio

Son las seis de la tarde y ya se pone oscuro. Estoy tirado en mi pieza, escuchando *Abbey Road*, de los Beatles. Escucho sobre todo el lado dos, ese es el que me gusta. Canciones enganchadas o, mejor dicho, una melodía original que va sufriendo mutaciones. Los Beatles; esos sí que eran grandes. Lo puedo asegurar. No hay muchas otras cosas que pueda asegurar. A lo sumo puedo escribir, citar, poner fechas. Por ejemplo: el verano tardó muchísimo en irse. Un calor húmedo y terrible, sábanas húmedas, cigarrillos doblados, olor.

Pero ahora estoy, o estamos —si es que afuera de esta pieza queda alguien vivo— en medio del invierno. Oscurece: ya casi es noche cerrada. Me imagino a las familias alrededor de las mesas, preparadas para cenar, con los hogares encendidos y los leños quemándose en su felicidad. Las rutinas cotidianas del verano modificadas hasta el próximo año.

Pero no para mí: yo estoy, desde hace meses, hundido en el ocio. Como, cago, duermo; soy una biología que no tiene rumbo.

Me paro. Pongo otra vez el lado dos de *Abbey Road*. Me sirvo café; aunque ya no le siento el gusto, porque lo estuve tomando toda la tarde y lo que siento es una presión en los ojos y llagas en la boca, justo debajo de la lengua. Vuelvo a la cama. Ayer hice casi lo mismo. Me levanté al mediodía, almorcé con mi viejo y mi hermano, porque era domingo y estaban en casa. Después subí a la terraza a fumar un cigarrillo. Como había un sol mediocre, bajé a la cocina y me preparé un café y me metí en la pieza a escuchar *Abbey Road*, de los Beatles. Abajo, en el patio cubierto, mi viejo se paseaba en pijamas. Envejeció en estos últimos meses como un millón de años. Yo lo miraba a través de las rendijas de la ventana de mi pieza. Estaba encuadernando revistas. Siempre compró cualquier cantidad de revistas. Colecciona enciclopedias sobre perros, ocultismo, historia, depilación a la cera negra; en la terraza hay un cuarto lleno de revistas. «Un día —decía mi vieja— va a haber tantos libros que vamos a tener que salir nosotros». Las revistas y el fútbol son sus pasiones. Antes, cuando era muy joven, estudió teatro. Dicen que llegó a recorrer el país con una compañía independiente. Hasta que nació yo y, tres años más tarde, mi hermano. Entonces mi viejo dejó de actuar para representar actores. Ahí le fue bien, le tocó un cómico que ahora es muy famoso y se compró esta casa, el auto y un equipo de alta fidelidad. Pero como mi viejo lleva una vida limi-

tada porque no sabe manejar, el auto lo maneja mi hermano, que además trabaja y tiene plata para la nafta. Así que el auto es una pasión inútil. Aunque a veces lo uso. Si mi hermano está durmiendo o salió y lo dejó, me fijo si le queda nafta y doy unas vueltas, despacio, hasta que el tablero empieza a marcar que estoy en rojo. Se podría decir que utilizo el tiempo que mi hermano prefirió no usar. Y estaría bien. A mí manejar me tranquiliza. No me gusta correr o pegar frenadas para que los giles me miren. Me gusta deslizarme por la ciudad nocturna, mirar a los pocos que cruzan las calles a esa hora, pensar boludeces mientras espero en un semáforo.

Mi viejo, mi hermano y yo vivimos cada uno en zonas diferentes; la distancia que nos separa es la misma que separa a los planetas. Mi vieja era el cruce de caminos donde nos encontrábamos. Era el motor. Una familia necesita siempre de un motor, porque si no es evidente la parálisis que se forma cuando varias personas se amontonan por mandatos biológicos.

Mi mamá murió en mayo del 85, de un ataque de hipertensión arterial. Estuvo una semana en coma en un hospital de la obra social de mi papá. La noche que volvimos a casa después del entierro me fui a la terraza a tomar un café. Hacía bastante frío y el cielo estaba terriblemente estrellado. Siempre me dio vértigo mirar el cielo estrellado; pero esa noche no podía apartarle los ojos. Lo

miré tan fijamente y durante tanto tiempo que la redondez de la luna me pareció un agujero a través del cual se veía una claridad que para nosotros estaba vedada.

* * *

Si tuviera que rotular algunos períodos de mi vida, a mi niñez la ubicaría bajo el título de La Escolástica de mi Viejo, y a mi adolescencia como El Imperio de los Sentidos. Después viene esta parte en la que estoy, una mezcla de adolescencia y juventud, siempre imprecisa, a la que no le encuentro la vuelta. En realidad, la vuelta sería trabajar. Tener un trabajo te fija, te da cierta regularidad, te eleva frente a tus familiares. Durante mi adolescencia tuve trabajos ocasionales con amigos de mi viejo. Porque para toda mi familia, incluyendo primos lejanísimos, mi viejo siempre fue como una especie de agencia de colocaciones. La cosa es que yo me peleé con todos los amigos de mi viejo y fui perdiendo laburo tras laburo. Mientras tanto, cuando salí de la secundaria, me anoté en la Facultad de Filosofía. Cursé tres años y me fui dos de viaje. Cuando volví, al poco tiempo murió mi mamá y mi familia se desintegró. Quiero decir: seguimos viviendo bajo el mismo techo, pero cada uno en su

zona, conservando ciertas costumbres, más por inercia que por convicción.

En una isla está mi hermano. Se levanta a las ocho de la mañana, se prepara el desayuno y se va a trabajar. Vuelve a las siete de la tarde. Se pone a mirar televisión. Después deja la ropa sucia en un balde y se baña.

Sale casi siempre una o dos horas, vuelve para cenar, cena, mira un poco más de tele y se acuesta. A veces se lleva un racimo de uvas a la cama. De vez en cuando intercambiamos algunas frases como «¿Querés café?» o «¿Cómo salió San Lorenzo?». Y nada más.

En la isla de enfrente está mi viejo. Un tipo de la noche, de la farándula. Siempre se va después de cenar y vuelve a las seis de la mañana. Y si, por algún motivo, no sale, entonces anda por la casa todo ese espacio de horas acomodando libros, ordenando fotos, con la radio a todo volumen, como si viviera solo en el Himalaya. A su favor diría que siempre fue un hombre limpio y ordenado. Ordenaba mis juguetes, los roperos, mis libros, las cosas de la casa; aun cuando llegaba muy cansado, antes de acostarse ordenaba implacablemente su ropa; el día que se muera va a estar acomodándose la ropa en el cajón. Y quizás a mí me pase lo mismo, porque heredé esa manía. Aun hoy, tirado en la cama, sin salir desde hace días, mi pieza conserva un orden impecable. Soy como los gatos, que cuando se dejan de

lamer para lavarse están muertos. Estar vivo, de todas formas, no significa nada.

Dos noches después de la muerte de mi madre, me despierto sobresaltado porque siento la presencia de alguien en mi pieza. No tengo que prender la luz para saber quién es.

—¿Qué pasa? —digo.

—No sé —dice mi viejo—, me siento raro.

Está parado en la oscuridad, como si algo ajeno a su voluntad lo hubiese transportado hasta ahí y ahora no supiera qué hacer. Después se va. Sus pisadas bajan la escalera y atraviesan el patio. La puerta de su pieza se abre y se cierra, provocando un chirrido y después otra vez el silencio. Trato de volver a dormirme, pero no puedo. Doy unos revolcones y empiezo a sudar. Tengo la sensación de que millones de hormigas se pasean en las profundidades de mi cuerpo, con antorchas y carteles, en manifestación. Así que finalmente bajo también las escaleras. Está lloviendo muy despacio, y el agua, al golpear contra el techo metálico del patio, produce un ruido similar al de los discos viejos. Cuando estoy frente a la puerta de la pieza de mi viejo, golpeo y abro. Está metido en la cama, tapado hasta la cintura con una frazada escocesa. Tiene puesto un pijama azul que no se pondría ni un mendigo. En su mesita, bajo el cono de luz de la lámpara, hay una pila de revistas.

—¿Te sentís mal? —le pregunto.

—Me falta el aire —dice, haciendo girar su cabeza de izquierda a derecha, lentamente. Es un gesto que suele hacer cuando quiere que le hagan masajes.

—¿Querés un té? —digo.

—Bueno —dice.

Entro a la cocina, prendo la luz y veo una cucaracha, roja y chiquita, paralizada sobre la mesada de mármol. Odio las cucarachas, me producen un asco insoportable. Y he llegado a perseguir algunas por toda la casa, hasta aplastarlas. Pero esta vez ni se me ocurre hacerlo. Preparo el té y vuelvo a la pieza. Me pongo del lado de la cama que ocupaba mi vieja. Haciendo un ruido insoportable, mi viejo toma el té a sorbos. Después deja la taza, que humea, sobre la mesa de luz.

—¿Te podés quedar un rato? —dice.

—Claro —le contesto.

Se recuesta completamente y su mano —como un cangrejo— se arrastra sobre la frazada hasta alcanzar mi mano. Está fría y sudada. Las manos de mi papá y las mías son iguales. Las de mi mamá eran chicas y gordas. Las de mi papá son largas y delicadas. Le doy una mirada a la pieza y me detengo sobre el lomo oscuro de la pantalla del televisor. Esta era la pieza de mis viejos, ahora es la pieza de mi viejo. En una parte del ropero están los vestidos de mi vieja. De golpe, mi viejo dice: «Tu madre era igual a mi madre... Para mí era su reencarnación, era tan buena como ella... Mi mamá

siempre me decía que había que ser bueno en la vida...». Hace silencio. Se ve que no espera que le conteste nada. Está monologando. Haciendo esgrima con el miedo. Como con mi viejo nunca nos tocamos mucho, estar en la cama y de la mano era una situación francamente insoportable. Pero no me quería ir. Así que me cubrí con la frazada a esperar que se durmiera. No hay ninguna pena que el sueño no pueda doblegar. Puede tardar días en venir, pero al final llega. Yo estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario. De golpe mi viejo apaga la luz. El televisor se convierte en una masa negra y detrás de él, en los vidrios de la puerta de la pieza, se refleja el fuego de la estufa del patio. Se me ocurre que fue en esa oscuridad donde mis viejos se convirtieron en hermanos.

* * *